

A lo largo de los años setenta, la obra de Heras integra nuevos componentes a la iconografía pop de partida y desarrolla otros perfiles que se suman a los toques surrealistas de su obra anterior. Con cierta cautela podríamos decir que su producción se hace más conceptual, por cuanto a partir de 1972 investiga a fondo sobre el cuadro como objeto, como soporte, sobre la representación pictórica o sobre la virtualidad de la pintura para recrear las cosas. Pero valiéndose para ello –lo que plantea una contradicción en su origen– de un realismo fotográfico muy efectista propio del hiperrealismo, tan distante de las propuestas conceptuales. Una aparente contradicción entre fines y medios que Heras resuelve –empleando palabras de Alexandre Cirici– con “un virtuosismo técnico extraordinario que lo faculta para las filigranas más impresionantes del ‘trompe l’oeil’”;<sup>(1)</sup> pero cuya finalidad no es engañar a nuestro ojo haciéndole creer que estamos ante la realidad, sino todo lo contrario, recordarnos que no se trata más que de pinturas. De esta poética del *anti-trompe l’oeil* nacen sus cuadros quemados, arrugados o rotos, que muestran sus bastidores simulando estar vueltos, que imitan sobres o envoltorios, sellos y matasellos, etc.

En la segunda mitad de los setenta, esta reflexión sobre la pintura misma, se concreta temporalmente en una serie de homenajes y revisiones de las vanguardias históricas, un argumento que culminará en la exposición “Bandera, bandera” (Galeria Temps, Valencia, 1979; y Fundació Joan Miró, Barcelona, 1980), a propósito de la idea de las banderas y su significación. Se trataba, sin duda, de un ejercicio de desacralización a la manera de Marcel Duchamp; pero la situación política valenciana del momento, con la visceral controversia sobre las señas de identidad nacional, simbolizada en el enfrentamiento entre derecha e izquierda por los colores de la *senyera* valenciana, otorgaba un significado ambiguo a esa voluntad desmitificadora del artista, difuminada por los textos de destacadas personalidades del nacionalismo valenciano que acompañaban a la muestra, poco inclinados a tomarse tal asunto a la ligera.

Después vendrá un largo silencio. En 1980 la Diputación Provincial de Valencia encarga a Artur Heras la creación y dirección de una sala de exposiciones dedicada al arte contemporáneo, la Sala Parpalló, al frente de la que desarrollará una brillante programación que permitirá a los valencianos conocer a destacados artistas nacionales e internacionales, en una ciudad desprovista de otro centro semejante, con anterioridad a la inauguración del Institut Valencià d’Art Modern (IVAM) en 1989. Pero esa intensa dedicación a promocionar el arte ajeno le lleva a casi abandonar su propia obra y a desaparecer de la escena artística valenciana hasta que en noviembre de 1992 reaparezca con una exposición en la misma Sala Parpalló, “El camino del arte” fue su significativo título, en la que daba a conocer pinturas y esculturas realizadas en los últimos cuatro años, en la que hacía un recorrido personal por las vanguardias.

Por lo tanto, el inicio de los noventa, momento del que data este *collage*, es para Heras un período de intensificación de su trabajo creativo, de reincorporación a un nuevo contexto artístico, alentado por una crítica favorable y algunos reconocimientos a su trayectoria, como fueron el premio Alfons Roig en 1993 y la retrospectiva que, nuevamente en compañía de sus viejos amigos Armengol y Boix, le dedica el IVAM en 1995.

Esta obra nace a sugerencia del editor y promotor cultural valenciano Eliseu Climent, destinada a formar parte de una exposición conmemorativa de los veinticinco años de la editorial 3 i 4, fundada y dirigida por él. Bajo el título de “Les cobertes de l’avenir” (las cubiertas del futuro), un grupo de artistas diseñan portadas de libros ficticios, cada uno según su estilo personal. Artur Heras responde al encargo desplegando su fina ironía a propósito de algunos temas y personajes de la órbita cultural valenciana; empleando para ello su probada experiencia como

diseñador gráfico, pues durante los años de director de la Sala Parpalló (1980-95) desarrolla una notable actividad como creador de libros y carteles. De hecho, en la versátil obra de Heras se encuentran relativamente próxima la personalidad del pintor y la del grafista.

Volviendo al *collage*, cada portada contiene un mensaje que juega en clave de humor con las palabras del título o el nombre del autor a propósito de algunos temas de la actualidad cultural del momento. Pero en muchos casos la gracia corre a cuenta de alguien, se trata de un dardo con destinatario concreto; siempre sin voluntad de ofender, aunque no falte alguna que otra pulla mordaz. Y es que el humor, la ironía –como acertadamente apuntó el crítico Fernández Cid– es el medio natural de expresión de Artur Heras, la causa de su desconcertante facilidad para moverse entre homenajes, críticas y revisiones.(2)

#### NOTAS

- 1 En *Artur Heras. Bandera, bandera* [cat. exp.], Barcelona, Fundació Joan Miró, 1980, p. 15. Original en catalán.
- 2 “Grups, equips, escoles” en *Manuel Boix, Artur Heras, Rafael Armengol* [cat. exp.], Valencia, IVAM, 1995, p. 16.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 225-227.